



ROMANCE TRAGICO
DEL GUAPO FRANCISCO ESTEVAN,
 NATURAL DE LA CIUDAD DE LUCENA, REINO DE CORDOVA.

PRIMERA PARTE.

Tiemble de mi nombre el mundo,
 y estremézcense los vientos,
 atemorícese el orbe
 y los hombres mas soberbios;
 porque si digo quien soy,
 tengo formado concepto,
 que no hay valiente ninguno
 á quien yo no cause miedo.
 No vale nada Benét,
 ni Corrales, ni Escobedo,
 ni Escábias, ni Pedro Gil,
 ni Gordillo, ni Juan bueno,
 Pedro Ponce, ni Carrasco,
 Sebastian Gil, ni Cañero,
 ni menos Martin Muñoz;
 porque aunque valientes fueron,
 á vista de mis arrojos
 sus hechos se oscurecieron,
 Pero para qué me canso,
 si soy tigre en lo soberbio,
 un leon en valentía,
 y una fiera en lo sangriento?
 Francisco Estévan me llamo,
 y arrogante considero
 que tendrán todos bastante
 para ver que todo es cierto.
 En la ciudad de Lucena,

cuyos timbres van de aumento
 por su clima, y por sus hijos,
 dándoles César aumento,
 dándoles Marte valor,
 y Minerva lucimientos.
 En esta noble ciudad
 nací de padres gallegos,
 y porque me egercitase,
 á un oficio me pusieron:
 mas el maestro me dió
 una zurra por travieso,
 y le apedreeé la puerta,
 saliéndome al punto huyendo,
 y en la ciudad de Jaen
 me dieron plaza en un Tercio.
 A Cataluña pasé,
 á mi Monarca sirviendo,
 donde tomando las armas
 hice tan notables hechos
 que alcancé á muy pocos dias
 la alabarda de sargento;
 la serví unos once meses,
 y sobre dos que se huyeron
 me ultrajó mi capitan,
 adonde todos lo oyeron.
 Yo que soberbio miraba
 á cualquiera con desprecio,

lo desafié una noche,
 y á dos cabos mandó luego
 me prendan, y á cuchilladas
 hice que fueran huyendo.
 Pasé á Alicante á ocasion
 que habian llegado al puerto
 las galeras de Cerdeña,
 y en ellas mi plaza siento,
 donde hallé muchos amigos
 de Lucena. y con aliento
 pasamos á Cartagena,
 donde una noche siguiendo
 los pasos de mi fortuna
 con una muger me encuentro,
 y un chiquillo de la mano,
 que me dijo: caballero,
 aqueste hombre me persigue,
 ponga usted á ello remedio.
 Díjele: señor hidalgo
 tenga usted mas miramiento,
 y con las pobres mugeres
 nunca se pase á ser necio.
 Respondió que no queria,
 y que á mí qué me iba en ello?
 Mas con un tercerolazo
 le dí la respuesta, á tiempo
 que la muger por delante
 se puso, la paz pidiendo;
 y hombre, muger y muchacho,
 de un tiro quedaron muertos.
 Retiréme á mi galera,
 y despues por mi provecho
 dí en tratante de tabaco:
 corri de Valencia el reino,
 y volviendo á Cartagena
 el Gobernador, severo,
 viendo el fraude que yo hacia,
 me sale armado al encuentro,
 y entrándose en mi posada,
 me hacen y llevan preso.
 Mas sucedió en mi favor
 hallarse allí Juan Romero,
 y como hijo de la patria
 fue en los arneses tan diestro
 que los guardas y alguaciles
 iban cual moscas huyendo.
 Quedáronse los caballos
 y las cargas en empeño,

porque me las embargó
 el Gobernador, diciendo:
 que ya que no me prendia
 que me cortaba los vuelos.
 Supe que en su casería
 de mulas habia un juego
 que estaban dándoles verde;
 se las quité, y al momento
 le escribí que las tenia,
 para recobrar el precio
 de los caballos y cargas.
 Mas metióse en este empeño
 el Cuatralvo que se hallaba
 en esta ocasion en el puerto:
 me volvieron los caballos,
 y luego un vale me hicieron.
 A Málaga dí la vuelta,
 y por ella me paseo,
 donde supe que campaba
 Boca-negra, y con aliento
 lo desafié una noche:
 salimos, donde riñendo,
 se fingió herido el contrario,
 y quise dejar el duelo,
 hasta que se hubo curado,
 y segunda vez al puesto
 salimos, donde quedó
 de mi valor satisfecho,
 pues segunda vez llevó
 ahugreado el pellejo.
 Fuime á Granada por ver
 un hombre á quien fama dieron
 del guapo de Santaella,
 y sin reparo busquelo.
 Lo saqué desafiado,
 y á los primeros encuentros
 pidió confesion, y yo
 me ausenté al punto, sabiendo
 que me buscaba la Sala
 con recato y con anhelo.
 Me fui por fin á la Corte,
 donde en tres meses riñeron
 seis guapes en desafio
 conmigo en sitios diversos.
 Díle una vuelta á Lucena,
 y desde allí pasé al reino
 de Jaen, donde casé,
 por tener algun sosiego.

Mas en las carnicerías
 sucedió un donoso cuento,
 que un garduño de las bolsas
 iba la mano metiendo
 para agarrarme la mia;
 mas yo con mucho silencio,
 con el rejon dije: amigo,
 remédiese con aquesto:
 le eché las tripas defuera,
 y luego con paso lento
 me fui; y de alli las justicias
 sobre unas cargas quisieron
 descaminarme, mas yo
 hice que fuesen huyendo.
 Con el tabaco y la sal
 tuve mi mantenimiento,
 y por ser Jaen gran charco,
 otro busqué mas pequeño.
 Entonces me mudé á Cabra,
 en donde estuve viviendo,
 y con otros alentados
 viajes hacia al Puerto,
 donde sin sacar despacho,
 todos fueron tan atentos,
 que nunca tuve embarazo,
 ni los que conmigo fueron.
 Me pasé á Cádiz un dia,
 donde á un almahacenero
 once cargas de tabaco
 compré con mis compañeros.
 Hubo soplo, y al salir,
 descuidados nos cogieron,
 vendiéronnos los caballos,
 y quedamos sin remedio.
 Dejé pasar unos dias,
 no muchos: y al cabo de ellos,
 con las armas, en la casa
 del Gobernador me entro.
 Eché la llave y subí,
 mi trabuco previniendo;
 y dije: señor hidalgo,
 yo vengo por el dinero
 que importaron los caballos
 y las cargas, porque es cierto,
 que estoy tan pobre, que ya
 casi que comer no tengo;
 y esto sin réplica sea,
 porque yo vengo por ello.

El hombre todo turbado
 sacó al instante el dinero
 en doblones, y pagó,
 y quedamos despues de esto
 amigos para otra vez.
 En Puerto-Real me acuerdo
 que el arrendador de alli
 quiso embarazar, y luego
 que hube sacado las cargas,
 me fui á su casa corriendo:
 pregunté si estaba en casa,
 las mugeres respondieron:
 sí señor; mas vuelva usted,
 porque ahora está durmiendo.
 Entré en una sala baja,
 donde tenia su lecho,
 y con un tercerolazo
 alli me lo dejé muerto.
 Sucediome en el camino
 que faltándome el dinero,
 en la venta donde estaba
 me reventaba el ventero,
 porque pagara la costa,
 y paguela tan de presto,
 que á la otra vida volando
 se partió, dejando el cuerpo.
 Supe que Diego Ruiz
 y todos mis compañeros
 pretendian el indulto,
 y por quietarme, intentelo;
 mas el señor Presidente
 á todos negocia, menos
 á mí, pues dijo tenia
 embarazo para ello.
 Fui á Granada, y en su casa
 con su persona me encierro.
 Dijo: qué se me ofrecia?
 Respondí: señor, yo vengo
 á saber por qué razon
 se me niega mi remedio.
 Yo soy Estévan el guapo,
 ese leon que es tan fiero,
 y si no voy indultado,
 seré terror de este reino.
 Quiso enviar dos criados
 á la calle, y estorvelo.
 Díjome entonces: en qué,
 Estévan, servirte puedo!

Y yo respondí: señor,
 á lo que arrestado vengo,
 es á pedir que se quemen
 de mis causas los procesos.
 Y él respondió: pues Francisco
 si ese solo es vuestro empeño,
 vedlo, que aquí á vuestra vista
 los consume en llama el fuego;
 mas á Ceuta por dos años,
 por mí y por vos ireis luego.
 Fuime á Ceuta por dos años,
 y en salidas que se hicieron
 clavé las piezas al moro,
 y como me descubrieron,
 sobre mí todos se arrojan,
 y con el agua á los pechos
 me embarqué para volver
 al presidio; pero presto
 me enfadé de estar en Ceuta;
 quitele el barco á un barquero,
 con que pasamos á España
 seis ó siete compañeros.
 Volvime á mi contrabando,
 y hallándonos en el Puerto,
 supe que algunos decían
 que sacaba yo sin riesgo
 el tabaco, por llevar
 conmigo gente de aliento.
 Tomé un saco, y por las calles
 iba como un costalero,
 diciendo: compran tabaco?
 y ningunos me tosieron.

Despues en Cabra vivía,
 públicamente vendiendo
 tabaco y sal por las calles,
 y tambien tenia un puesto,
 en donde vino vendia
 sin pagar ningun derecho.
 Los serranos de Lucena
 á aquella villa vinieron,
 queriendo tambien vender,
 como yo lo estaba haciendo:
 entré y quebré las medidas,
 derramando por el suelo
 el licor de los pipotes;
 y ellos cuando lo supieron,
 al puesto que yo tenia
 á hacer lo mismo se fueron.
 Acudí con la noticia,
 cerrando con todos ellos,
 y valientes como Alcides,
 con tal fuerza mé envistieron,
 que lastimado quedé,
 poniéndome en cura luego.
 Supo el caso la justicia,
 y cogiéndome en el lecho
 me llevaron á la cárcel,
 y diligencias hicieron
 por privarme de la vida;
 mas tuve buenos empeños,
 y á las galeras de España
 me echan á remar sin sueldo.
 Y en otra segunda parte
 proseguiré mis arrestos.

SEGUNDA PARTE.

Desde donde empieza Europa
 hasta su término y cabo,
 no campe ningun valiente,
 escondan su espada y brazo,
 tiemblen al oír mi voz,
 y lo que mas les encargo,
 que con silencio me escuchen,
 y les diré en breve rato
 del guapo Francisco Estévan
 lo valeroso y bizarro.
 Ya saben que su egercicio
 era andar al contrabando,
 y que en toda Andalucía

los ministros le temblaron,
 porque no jugaba burlas,
 y ni hombre de malos tratos
 alcanzó comunicarle,
 fuese bueno ó fuese malo.
 Dejo guardas de millones,
 y ministros de tabaco,
 porque estos nunca tuvieron
 con Estévan buen despacho.
 Los soplones, cuando andaba
 por el mundo, eran contados,
 porque se holgara encontrar
 un soplón bien maltratado.

Jamás llegó á pedir cosa que no le fuese otorgado, adonde de aquesta suerte, con otros acompañado, por Andalucía y otros reinos vendiendo tabaco. Llegaron un dia á Cádiz, en ocasion que diez barcos desembarcaban en tierra tabaco, donde ajustando Estévan cuarenta cargas para él y sus paisanos, salió por cabo de todos, y la España atravesaron hasta llegar á Valencia, donde no habiendo despacho, pasó á Aragon, y una noche, junto á la villa de Grados, yendo Estévan muy seguro, tropezó y cayó el caballo, y se lastimó una pierna: sus amigos lo llevaron al lugar, y en él quedó para ser allí curado. Sus compañeros salieron para despues aguardarlo, y llegando á Zaragoza, sin susto, no imaginando de que fuesen detenidos; pero estando descuidados llegaron mas de cien hombres, y el Gobernador por cabo. Les embargaron las cargas, diez de ellos aprisionaron; los demas puestos en fuga muy en breve se escaparon. Llevan los diez á la cárcel, y las cargas y caballos los llevaron á la plaza, y al pregon se despacharon. Repartió el Gobernador entre guardas y Escribanos la cantidad, y á su casa la mayor parte ha llevado. Vamos ahora á los presos, que al tiempo que les tomaron declaracion, fue forzoso que confesasen de llano;

diciendo: Francisco Estévan es de las cargas el amo, y si es que á saberlo llega, lo sentirá, que es un rayo. Replicó el Gobernador, ¿eso decís? pues es claro, que si llegara á cojerlo lo pusiera entre dos palos; y si no, si acaso hay quien me lo ponga en las manos, mil doblones le prometo, solo por ver ese rayo en mi presencia, que tiene el mundo atemorizado. Oyen los presos el dicho, y al punto un propio enviaron, noticiándole á Francisco cuanto el Juez habia hablado. Tomó la carta y leyola dentro la villa de Grados, y bueno de sus achaques tomó armas y caballo, y partiendo á Zaragoza dispuso un hecho bizarro. Y fue, que á las doce en punto del dia, sin mas reparo, se fue á casa de un Cura, y con política hablando le dice que le acompañe sin dilacion, que le ha dado un accidente á un amigo y es preciso confesarlo: y sepa que tiene haberes, y es fuerza que haga inventario, porque de todos sus bienes haga finiquito y mando. Siguióle el Cura de prisa, y buscando un Escribano y un Alcalde, se salieron á la calle todos cuatro. Cura, Escribano y Alcalde, y sin caer en chasco, siguen á Estévan, y llegan con el paso acelerado á casa el Gobernador, los tres sin pensar el caso. Llegó, y tocando á la puerta, un criado se ha asomado

á la ventana, y le dice:
 avisa pronto á tu amo,
 dile que quieren hablarle
 cuatro personas de garvo.
 Subió el paje y se lo dijo,
 y el Gobernador bajando
 los recibe en una sala,
 y con política hablando
 les hizo los cumplimientos;
 mas Francisco con cuidado
 las puertas de dicha sala
 cerró, las llaves tomando,
 metiolas en su bolsillo,
 y su trabuco montando,
 ha dicho al Gobernador:
 por saber que ha deseado
 ver Useñoría á Estévan,
 y que le tiene mandado
 á aquel que se lo entregare,
 mil doblones, me ha obligado
 á ponerme en su presencia,
 y á obedecer su mandato.
 Ahí le traigo un Confesor,
 un Alcalde y Escribano,
 uno para el testamento,
 otro para el inventario,
 y otro para que sus bienes
 disponga como cristiano;
 porque sé que á Useñoría
 mortal accidente ha dado,
 y porque salve su alma
 esta prevencion le traigo.
 Esto será si me niega
 el dinero que ha mandado,
 que juzgo son mil doblones;
 y tambien lo que montaron
 los caballos y las cargas,
 y por los aprisionados;
 despácheme cuanto antes,
 porque yo no estoy despacio,
 y estos señores querrán
 ir á descansar un rato:
 yo no querre nada menos,
 que he venido caminando
 toda esta noche pasada
 por darle este deseado
 gusto á Usía, y juntamente
 á obedecer su mandato.

No haya escusa en lo que pido:
 si la hay, por los sagrados
 cielos, que con mi rejon,
 y esta cometa, este rayo,
 volcán que arroja centellas,
 seré dentro de este cuarto.
 Aquí remató Francisco;
 y el Gobernador, temblando,
 le respondió que al instante
 seria todo pagado.
 Y sin detenerse en nada,
 fue á un escritorio, y sacando
 en oro todo el dinero,
 metió Francisco la mano,
 diciendo: ajuste primero
 el precio de los caballos,
 que el tabaco vendrá luego,
 que no lo traigo ajustado.
 Y dice el Alcalde, amigo,
 valdrá cada caballo
 cincuenta reales de á ocho?
 Y Estévan le dijo: paso,
 menos de setenta pesos
 no tomaré ni un ochavo,
 y aquesto es unos con otros,
 y aun cortesía le hago
 al señor Gobernador,
 ó le mataré en cuidado.
 Y el Gobernador le dijo,
 aquí está el monton contado.
 Apartan la cantidad,
 y entran en la del tabaco;
 le dice el Alcalde: amigo,
 se ha de ajustar libreado?
 Sí señor, respondió Estévan.
 Pues sea un real de á cuatro
 cada libra. No señor,
 de doce reales abajo
 no lo doy, que lo tenia
 á ese precio despachado.
 Y cuando todo el dinero
 Estévan vió numerado,
 de los caballos y cargas,
 dijo: solo lo mandado,
 que juzgo son mil doblones,
 es ahora lo que aguardo,
 pues no es justo de que falte
 un hombre de tanto garvo

á su palabra. Y por fin,
 mis compañeros amados
 tres leguas de la ciudad
 espero sin intervalo,
 porque si no, les prometo
 al Cura y al Escribano,
 Alcalde y Gobernador,
 que sus vidas serán pago,
 porque al rigor de mi furia
 no habrá quien le ataje el paso.
 Temblando el Cura y Alcalde,
 Gobernador y Escribano,
 le dicen: vaya con Dios,
 que van todo á egecutarlo.
 Estévan salió á la calle,
 quedándose todos cuatro
 pasmados de la osadía
 y hecho tan desaforado.
 Alcalde, Escribano y Cura,
 al Gobernador dejando,
 se salieron á la calle,
 y á la cárcel van de paso,
 y echaron fuera los presos
 libres de todo despacho.
 Hubo noticias muy ciertas
 que al Gobernador curando
 estuvieron mas de un mes
 del susto; y á Estévan paso,
 que así que sus compañeros
 á su presencia llegaron,
 les contó lo sucedido,

y quedaron admirados.
 Todos á voces decian:
 viva el azote de guapos,
 viva quien tiene en el mundo
 sus hechos tan laureados,
 que no ha de haber quien iguale
 á su rigor temerario.
 Entregole á cada uno
 Estévan para un caballo,
 y el dinero de las cargas
 lo partieron como hermanos,
 y tambien los mil doblones
 que tomó por ser mirado.
 Se pasó á la Andalucía,
 y este caso divulgado
 fue en la ciudad de Sevilla,
 dándole todos mil lauros,
 confesando de que Estévan
 fue solo del mundo el grapo.
 Y en otra tercera parte
 referiré un caso extraño,
 que en la historia no se halla
 otro que iguale en lo raro,
 pues osadamente quiso
 esponerse á que cerrado
 en la ciudad de Granada,
 mano le hubieran echado;
 pues en casa el Presidente,
 con arrojo temerario
 se metió, pero su brio
 le sacó bien de este caso.

TERCERA PARTE.

Santo Cristo de la Luz,
 Señor de cielos y tierra,
 desatad mi torpe labio,
 y dadle voz á mi lengua,
 mientras la tercera parte
 canto de Francisco Estévan.
 Los que blasonan de guapos
 oigan, escuchen y atiendan
 la hazaña mas prodigiosa
 que en las edades se cuentan.
 Alcanzó á saber Francisco
 (no sin ninguna certeza)
 como Don Pablo Diamante,
 Presidente de la escelsa

sala del Crímen, habia,
 á quien le mate ó le prenda,
 ofreciendo cien escudos,
 que informacion tiene hecha
 de sus notables arrojoes,
 valentías y proezas.
 Con cuya noticia al punto
 previno con gran presteza
 sus armas, y en un caballo
 á Granada dió la vuelta:
 entró por el Triunfo á tiempo
 que están tocando á la queda;
 llegó á casa de Don Pablo,
 se desmontó, y de la rienda

entró el caballo allá dentro,
y con notable advertencia,
por estar mas á su salvo
cerró la puerta primera.
Llegó al porton, y tocando
cuatro ó seis golpes apriesa,
ha salido un paje á abrir
que á ocho años no llega,
diciendo: quién es quien llama?
Respondió con diligencia:
dile, niño, á tu señor,
que aqui está Francisco Estévan,
y mira que vengas presto,
porque aguardo la respuesta.
Llevó á su amo el recado,
y al oirlo se le yela
la sangre, y el corazon
palpita, y su pecho tiembla,
que aunque no le ha visto nunca,
sabe quien és, y recela.
Se quedó un rato suspenso;
y ya recobrado, piensa
el lance tan apretado;
pero duda que se atreva
un hombre con tantas causas
á entrar en su casa mesma.
Le manda que suba arriba,
el paje bajó y le lleva
donde su señor le aguarda;
mas aunque subió de priesa,
dejó el postigo cerrado
sin que nadie lo sintiera,
dejando el caballo dentro
de la una y la otra puerta.
Asi que entró por la sala,
donde Don Pablo le espera,
diestro, liberal y pronto
se desmontó la montera.
Don Pablo lo miró atento
de los pies á la cabeza,
y con notable recato
le dijo: siéntate, Estévan,
que quiero que de tu vida
me des relacion estensa,
porque dudo que tus hechos
sean como me los cuentan,
Dijole Estévan, señor,
si he de estar en su presencia

sentado, no lo he de hacer,
en pie estaré, que es decencia.
Replicó segunda vez:
buena política observas;
siéntate, yo te lo mando,
y es mi gusto que obedezcas.
Sentóse, diciendo airoso:
perdone mi inadvertencia.
Tienes padre? dijo entonces
Don Pablo, y fue la respuesta:
sí señor, vivo es mi padre,
pobre, humilde, porque entienda
que es la causa de que yo
ande de aquesta manera.
Tienes madre? No señor,
Dios la perdone, ya es muerta.
Tienes hermanos? Tres tengo,
y á mí los tres se sujetan.
Dónde casastes? Y él dice
con arte, y no sin viveza:
en la ciudad de Jaen,
que es de su reino cabeza.
Cupido me hirió de amores,
y lo logró de manera
que recibí por esposa
á la muger mas dispuesta
que ha nacido en muchos siglos
en valor y gentileza;
Doña Josefa se llama,
y muy servidora vuestra.
Tienes hijos? Sí señor;
una hija, y desempeña
á su padre y á su madre
en lo hermosa y lo discreta.
Qué edad tienes? Y responde:
con muy poca diferencia,
tengo yo treinta y dos años,
como mi persona muestra.
Y por último, señor,
no porque el riesgo me estrecha,
ni porque el temor me obliga
á venderos la fineza,
á tus pies estamos todos
con muy rendida obediencia.
Dios te guarde, que me obligas
con atencion tan discreta;
y crees que te he cobrado
gran voluntad, y me pesa

que un hombre de tu valor,
 como dice la esperiencia,
 viva como fiera horrible,
 siendo estrago de esta tierra,
 sin temer á la justicia
 ni al cielo que te tolera.
 Reforma tu vida, amigo,
 que recelo no la pierdas
 ó á manos de la justicia
 ó al rigor de una escopeta.
 Estévan reconoció
 que le trata con cautela
 en las razones que ha dicho,
 por detenerlas con ellas
 por si vienen los ministros,
 que por instantes espera
 para rondar la ciudad,
 y lograr la diligencia
 de prenderle, pero dió
 esta vez el golpe en piedra:
 porque Francisco tenia
 aseguradas las puertas,
 y con descuido en la calle,
 un amigo de Lucena,
 que conforme iban llegando
 los ministros á la puerta,
 les dice, como venian
 á precisa diligencia,
 y que un hombre á su llamada
 respondió por una reja
 volviere por la mañana
 que no se abrian las puertas,
 porque su señor tenia
 destemplanza de cabeza;
 y con tan buen expediente
 todos se van y le dejan.
 Estévan muy animoso
 dijo, falto de paciencia:
 Señor Don Pablo, es preciso
 el que Useñoría entienda
 que soy como el cirujano,
 que ha sangrado alguna vena,
 y en no dando en la cisura
 la sangre un golpe le pega.
 Yo solo vine, señor,
 á que haga borrar las letras
 que contra mí tiene escritas;
 y tambien quiero que sepa

que he venido á suplicar,
 y no á pedirlo por fuerza.
 Viéndose pues precisado,
 y que los suyos no llegan,
 hizo cuanto le pedia
 alli mismo en su presencia,
 diciéndole: ya estás libre
 si me prometes la enmienda;
 mira tus obligaciones
 que sentiré que te pierdas.
 Esto dijo, y le pregunta,
 con mas miedo que vergüenza,
 si traia muchas armas?
 A lo cual respondió Estévan
 con grandísima frescura:
 cuatro pistolas pequeñas
 aqui traigo, si le gustan
 á Usía, sírvase de ellas,
 para que de mí se acuerde
 cuando á su vista las tenga.
 Don Pablo le presentó
 de á vara dos escopetas,
 con las llaves granadinas,
 los cañones de Valencia,
 de fino marfil las cajas,
 y de bronce las baquetas,
 de plata tersa y bruñida
 los puntos y abrazaderas.
 Mandó don Pablo que al punto
 aderezasen la cena:
 cenaron, y luego manda
 que en una alcoba pequeña,
 como á su misma persona
 le pangan la cama á Estévan.
 Mas el que tiene enemigos,
 como es justo que no duerma,
 metió la mano en su pecho,
 y en su interior dijo: venza
 primero la obligacion
 antes que la conveniencia.
 Y así seco y desabrido
 luego al instante comienza
 á despedirse Francisco
 de don Pablo y doña Elena,
 de criados y criadas,
 cuantos en casa se alvergan,
 que quiere que participen
 todos de su gentileza.

Acompañóle don Pablo hasta que llegó á la puerta, adonde vido el caballo con otras cuatro escopetas. Dijo Francisco suspenso: bien he salido de aquesta; y el amigo, de la calle, porque no lo conocieran, se retiró, cuando oía que iban abriendo las puertas; con que á la villa de Cabra partieron con gran presteza. Don Pablo no se acostó, porque pensando en la fiesta estuvo toda la noche con su esposa doña Elena; los criados asustados del mismo modo se quedan; y habiendo ya amanecido, los ministros se presentan á don Pablo, y le preguntan si está bueno: y por respuesta les dió, que habian pasado una noche no muy buena, porque ha tenido en su casa al guapo Francisco Estévan, quien me pidió que borrarse sus causas, y que licencia llevaba para indultarse, y tambien dos escopetas, que el capitán del alcázar le presentó con largueza.

CUARTA PARTE.

O Soberano Señor, que sustentais tierra y cielo, gobernad mi rudo estilo, dad luz á mi entendimiento para que referir pueda á mi auditorio discreto del guapo Francisco Estévan el mas valeroso arresto. En la ciudad de Antequera, el Corregidor sabiendo lo que sucedió en Granada; al punto despachó un pliego, que al que Estévan le entregara

Qué señas tiene? preguntan. Y les responde, son estas: él es hombre de dos varas, rojo, y la barba algo negra; el rostro muy apacible, y la vista placentera, político, cortesano, y con muchas agudezas, que para informarme de él hice muy bastantes pruebas. Es un segundo Pulgar, que en Granada nombre deja por la accion tan atrevida que en mi casa tiene hecha. El es hombre sin segundo en valor y fortaleza, cortés como temerario, y agudo sin competencia. No me pesa haberlo visto, aunque asustado me deja, porque tal brio y despojo no es posible que otro tenga. Y á fe que siento en el alma que á un hombre de tales prendas entre riesgos y peligros ande de aquesta manera. Todos quedaron absortos de accion tan rara y tan nueva; y seguiré en otra parte refiriendo sus proezas, si generosos perdonan las faltas que aquestas llevan.

le daría dos mil pesos. Y Estévan luego al instante que este caso le dijeron, atribuyéndolo á chanza no hizo caso, suponiendo todas sus causas borradas: dióle el corazon un vuelco; qué dirá de él la fama, si esta noticia teniendo, no se arrojaba animoso; y dentro de sí diciendo: dónde está el valor, Estévan? sus armas previno y luego

en un ligero caballo
 tomó el camino, y resuelto
 á la ciudad de Antequera
 disfrazado y encubierto
 á eso de las oraciones
 llegó, sin temer al riesgo.
 Fue á ver al Corregidor,
 llamó á la puerta, y saliendo
 una criada, le ha dicho:
 dile á tu señor, que un pliego
 le traigo, de como tiene
 á Francisco Estévan preso;
 y que si me hace el gusto
 entraré, porque no tengo
 posada para esta noche.
 El Corregidor que oyendo
 le estaba por una reja,
 bajó á la puerta al momento,
 diciéndole á la criada:
 abre aquesa puerta presto.
 Entró Estévan, y el caballo
 dió de las riendas á un negro:
 lo entró en la caballeriza,
 y á Estévan recibimiento
 le hizo muy cortés y alegre.
 Preguntó: cómo prendieron
 á aqueso Francisco Estévan?
 no dicen que es leon fiero?
 Pues por lo que rijo y mando,
 ya que he llegado á cogerlo,
 ha de pagar las infamias
 que en todo este reino ha hecho.
 Dijole Estévan: señor,
 en razon está bien puesto,
 que quien es desahogado
 lo pague: mas lo que quiero
 es quitarme aquestas armas,
 que algo fatigado vengo.
 Dijolo el Corregidor:
 pues este cuarto reservo
 para que vuestra persona
 lo ocupe como hombre bueno.
 Despojóse de sus armas
 y el Corregidor miraba
 coletto y armas atento.
 Y él le dijo: señor mio,
 estas armas y coletto

son las de Francisco Estévan,
 que el que hábito trae puesto,
 parece ser religioso
 aunque sea un vandolero;
 y yo trayéndolas puestas,
 pienso que á Estévan escedo.
 Entre unas y otras razones
 las criadas previnieron
 las mesas, y se sentaron
 á cenar; y en este medio
 dieron un golpe á la puerta:
 Francisco, aunque se hace lerdo,
 sus armas no desampara,
 pues á su lado derecho
 las dejó, y un gran capote
 tiene sobre el hombro puesto.
 Estando en esto repara,
 y vió que la puerta abrieron,
 y seguidamente entraron
 diez y seis hombres, y entre ellos
 iba el Alcalde mayor
 por cabo de ronda, y luego
 el Gobernador le dijo:
 mire el apercebimiento
 que á mi persona acompaña;
 ¿qué hombre de mucho aliento
 no rendirán tantos guardas
 y ministros? Yo lo creo,
 replicó entonces Estévan.
 Tomaron todos asiento,
 y Francisco como huesped
 brindó con silla y cubierto,
 y ellos con gran cortesía
 correspondieron atentos.
 Despues que hubieron cenado,
 Estévan, dijo: yo creo,
 que toda esta gente armada
 no pudiera causar miedo
 ni espanto á Francisco Estévan,
 porque es sobrado el aliento
 que le acompaña, y sin duda
 los pusiera en grande empeño.
 ¿Qué es esto (dijo el Alcalde)
 qué ha habido ahora de empeño?
 Dijole el Corregidor:
 señor Alcalde, tenemos
 unas noticias felices,
 Francisco Estévan es preso.

Replicó el Alcalde, y dijo,
 por Cristo que no lo creo.
 Y dijo el Corregidor:
 no? pues este caballero
 ha traído la noticia,
 proponiendo como es cierto.
 A lo cual dijo el Alcalde:
 lo cojerian durmiendo,
 que de otra manera dudo
 que pudieran á él prenderlo.
 Replicó Estévan entonces:
 sea despierto ó durmiendo,
 lo que sé es, que está encerrado,
 y diez y siete hombres buenos
 á su lado, y aun tambien
 un Corregidor entre ellos,
 y un Alcalde, que no fian
 de otro valor el empeño.
 Vos lo veriais de espacio.
 Dijo Estévan: cómo verlo?
 tan visto lo ví, que juzgo
 que aun ahora lo estoy viendo.
 ¿Qué género de hombre es ese?
 no he podido conocerlo.
 Díjole entonces Estévan:
 pues antes de mucho tiempo,
 si os hago aqui la pintura,
 habeis de tenerle miedo.
 Y si no, denme licencia
 vuestas mercedes, que quiero,
 ya que me traje sus armas,
 ponérmelas, que respeto
 causaré al que las mire.
 Dijo el Corregidor: luego
 al instante os las poned.
 Pues si la licencia tengo,
 tomo primero la charpa,
 pues tengo puesto el colete,
 póngomo cuatro pistolas;
 ya os he dicho son del mesmo;
 pongo el rejon en el cinto:
 este trabuco prevengo,
 para tenerlo en la mano
 montado, pues es el mesmo
 que traigo siempre conmigo.
 Traigo he dicho? no os de miedo,
 que con este desahogo
 de estar el papel haciendo,

me pareció ser el mesmo,
 y asi no tengais recelo.
 Tenia Francisco Estévan,
 cuando dicen lo prendieron:
 dicen he dicho? voy mal,
 porque he dicho soy el mesmo
 teniendo puestas sus armas.
 Y el Gobernador que atento
 estaba, al punto responde:
 si habeis dicho sois el mesmo,
 que habeis de cualquiera suerte
 os hemos de estar oyendo.
 Pues haced cuenta, señores,
 de que en lo que toca al cuerpo,
 en el suyo y en el mio
 no hay de diferencia un pelo.
 La vista suya es alegre,
 aunque su rostro es severo:
 cortesano lo que cabe;
 discreto sin par ni cuento;
 tiene agudezas muy muchas,
 y habilidad en extremo;
 amigo es de sus amigos,
 y en sus acciones atento.
 Es galan por su persona,
 su hablar en todo alhagüeño,
 sus armas ya las mirais,
 su ropa ya la estais viendo,
 porque su capa y montera
 su capote y el colete,
 calzones, mangas, botines
 y zapatos tengo puestos.
 Mas lo que hay de diferencia
 de mí á él, es proponeros
 hasta aqui, que estaba ausente,
 y ya encubrirlo no puedo:
 yo soy el mesmo que he dicho,
 yo soy Estévan que vengo
 arrestado á que me dé
 el Corregidor, en premio
 de mi mucha liberrad,
 al punto aqui dos mil pesos
 que ofreció por mi persona;
 y entienda, que si el arresto
 muy desahagado ha sido,
 es porque sepa mi aliento,
 que solo y acompañado
 sabré salir del empeño.

Ea, pues, señores míos,
 mano á la obra, contemos
 al punto aquesos doblones,
 sin réplica sea aquesto.
 Los sacó el Corregidor
 y Estévan metiolos dentro
 de su bolsillo, y ha dicho:
 ¿sabe Usía lo que quiero?
 que por todos los lugares
 mande recoger el pliego
 que ha despachado, y advierta
 que soy leon en lo fiero,
 Traíganme el caballo al punto:
 desocupen al momento
 el cuarto, y déjenme solo,
 y si no, viven los cielos,
 que á incendios de aqueste rayo
 quedarán cenizas hechos:
 quitense de mi presencia.
 Y huyendo todos salieron
 á las razones que dijo,
 porque tenia recelo
 cada cual que le tocase
 una centella de fuego.
 Le trajeron el caballo,
 montó en él, y en un momento
 salió al medio de la calle,
 diciendo: mañana espero
 en la ciudad de Lucena
 que envíen por el dinero.
 Volando se fue á su patria,
 y al cabo de mes y medio,
 viendo que el Corregidor
 no envió por el dinero,
 pensando entre sí decia:
 ¿qué se dirá de mi aliento,

de mi fama y buen vivir,
 si los doblones no vuelvo?
 dirán que por la codicia
 me atrevi á hacer el arresto.
 Volvió un dia á Antequera,
 sin temor y sin recelo,
 y como de las entradas
 estaba ya satisfecho,
 fue y le habló al Corregidor,
 y le dió los dos mil pesos,
 diciéndole: Useñoría
 perdone el atrevimiento,
 porque un hombre apasionado
 determina cualquier cosa.
 Díjole el Corregidor,
 Francisco, de tus arrestos
 estoy muy bien informado;
 y en lo que toca al dinero
 que ha salido de mi casa,
 llévalo que no lo quiero;
 dineros y mi persona
 á tu mandato lo ofrezco;
 tendrás en mí un fiel amigo.
 De Useñoría lo espero;
 y en fe de eso la licencia
 pido. Despidiose luego,
 y partió luego á su patria,
 donde con gusto lo dejó:
 y en la otra postrera parte
 daré fin á sus arrestos,
 diciendo, como la parca
 lo tuvo bajo su imperio,
 y de él cobró el tributo,
 que todos pagar debemos,
 pues su rigor no perdona
 á cobardes ni á resueltos.

QUINTA PARTE.

Esplique mi lengua torpe
 en acentos mal formados
 el trágico fin y muerte
 de este Leon africano,
 de este pasmo sin valor,
 de este relámpago y rayo,
 mientras templados buriles
 escupen en bronce y mármol,
 para memoria en los siglos

hechos tan adelantados.
 Ya dije en la tercer parte,
 como Estévan precisado
 se vió á arrojarse á Granada,
 con ánimo tan bizarro,
 que igual no se ha conocido
 en la rueda de los años;
 y que el señor Presidente
 quedó tan maravillado

de su político estilo,
 que se convino en librarlo.
 La cuarta, que en Antequera
 se arrojó muy temerario,
 habiendo el Gobernador
 en su distrito, mandado,
 lo prendieran, y daría
 dos mil pesos de contado:
 pues se le puso delante,
 dejando atemorizados
 á todos los de la casa.
 Y sabidos estos casos,
 dejólos, y rey á dar
 remate á lo comenzado.
 Se hizo público en España,
 como fue por sus desgarros,
 el guapo Francisco Estévan
 á galeras sentenciado;
 pero le duró muy poco,
 que mañoso y arriesgado,
 para sacar el grillete,
 un carcañal se ha cortado,
 y con una lancha á tierra
 él y otros se pasaron.
 Sabido en Andalucía,
 como habia quebrantado
 las galeras, al instante
 las justicias le temblaron.
 Por vivir mas á sus anchas,
 á Lucena se ha pasado,
 donde causas no tenia:
 y echándose al contrabando,
 vivió dos años gustoso,
 como dicen, con descanso.
 ¡ Mas ó justa Providencia!
 que cuando mas olvidados,
 despues de muchos ausilios,
 nos castiga el justo brazo.
 Mas esta débil materia,
 como formada de barro,
 al hombre olvidar le hace
 el fin para que es criado,
 que es para servir á Dios,
 y despues sin fin gozarlo:
 y en los deleites del mundo,
 aquel que se ha enagenado,
 sin mirar á su principio
 sigue su locura ufano:

asi Francisco vivia,
 de la muerte descuidado,
 como si inmortal viviera,
 siendo asi que muere el santo,
 el Rey, el sabio, el mendigo,
 el valiente y desalmado.
 Lunes nueve de Noviembre,
 del año finalizado,
 mil setecientos y cinco,
 sin recelo y sin cuidado
 entró en la dicha ciudad,
 de la parca fulminado,
 á cumplir en un minuto
 su destino, deuda y astro;
 de la villa del Campillo
 un tal Benito Velasco,
 en ocasion que Francisco
 de su soberbia llevado,
 tuvo un mediano disgusto
 con un mancebo alentado,
 á quien Cárlos de los Reyes
 por nombre y señas le han dado.
 Hallose en esta ocasion
 en Lucena un mozo honrado,
 que llamaban Juan Romero,
 y como mozo de garvo,
 en el duelo y la quimera
 entre los dos ha mediado.
 Pasó Francisco á su casa,
 del suceso descuidado;
 mas en la calle encontró
 á Benito y otros cuatro,
 y dioles la bienvenida,
 con valor y con agrado.
 Dijo Francisco á Benito,
 como amigo preguntando:
 ¿qué aire os trae á aquesta tierra?
 Y él le respondió algo bajo:
 unos negocios del Rey,
 amigo, son los que traigo.
 Tuvo ya algunas sospechas
 por hallarse pregonado,
 y hácia una casa de vino
 se lo llevó á convidarlo.
 A tiempo de ir á beber,
 Benito le dijo: hermano,
 de ese coletto que tienes
 estoy muy aficionado,

y me lo tienes de dar,
 darte este mio en cambio.
 Bebió Francisco, y le dijo:
 bebe, que en aqueste caso
 el colete y la persona
 lo tienes á tu mandado,
 y las armas, porque á mí
 ya me sirven de embarazo.
 Bebió Benito, y Francisco
 entre sí considerando
 si lo vendria á matar,
 segun las muestras ha dado,
 á la calle se salieron,
 y los cuatro se apartaron,
 y entre Francisco y Benito
 anda el demonio enredado.
 Dijo Benito á Estévan:
 si se ha de hacer ese cambio,
 en este zaguan entremos,
 y quedará negociado.
 Mas Francisco con cautela,
 entre sí considerando
 que siempre el que dá primero
 suele ser mas bien librado,
 hizo que se rebozaba,
 y una pistola montando,
 al revolverse á escupir
 tiró con presteza el gato,
 y por las mismas quijadas
 le dió tan fuerte valazo,
 que mas menester no hubo
 para quitarlo de gastos.
 Y viendo que en pie quedaba,
 le ha dicho disimulado:
 ¿qué de esta suerte quedais?
 y entonces se ha trastornado.
 Como en el suelo cayó,
 dijo desembarazado:
 afuera, perros, que ya,
 todo mi intento he logrado.
 Hacia su casa se fue,
 donde sus armas tomando,
 sacó el caballo, y echó
 su pipada de tabaco.
 De su muger se despide,
 y á pocos pasos andados,
 se acordó se le quedaban
 la municion y los frascos:

volvió á su casa por ellos,
 y á su muger asi ha hablado:
 quita esos trastos de enmedio,
 porque á un pícaro he matado,
 y si viene la justicia
 he de matar tres ó cuatro.
 Se fue á una taberna, donde
 me lo dejaré brindando,
 mientras que de Juan Romero
 digo sus hechos y pasos:
 pues como quedó en su casa,
 se ha despedido de Cárlos,
 el cual se fue á su posada,
 y él se quedó acomodado,
 sin prevenir para qué
 sus armas y su caballo.
 Y pasado un rato breve,
 le dió el caballo á un muchacho,
 que se lo saque á la huerta,
 porque quiere pasearlo:
 mas en la calle le han dicho,
 oiga usted lo que ha pasado:
 Francisco Estévan mató
 en este instante ahí abajo
 á un hombre que me parece
 que usted mucho lo ha estimado.
 Dijo Romero: Jesus!
 que lo quiero como hermano;
 ese es mi compadre Reyes;
 porque han tenido un enfado,
 y yo los apacigüe;
 y pues que me ha quebrantado
 el pacto de la amistad,
 vive Dios, he de matarlo.
 Hacia casa de Francisco
 se encamina, fulminando
 rayos, fuego y centellas
 por los ojos va brotando;
 quisieronlo detener,
 pero á todos salió en vano.
 Llegó Romero á la puerta
 del que estaba descuidado,
 como he dicho, en la taberna,
 muchos saludes echando:
 dió en la puerta dos patadas,
 y al ruido se ha asomado
 la muger á la ventana,
 y Romero ha preguntado:

¿dónde está Francisco Estévan?
 Sepa que vengo á matarlo.
 No está en casa, respondió,
 que salió con su caballo;
 pero no lo matará,
 que Estévan aun tiene manos.
 Quiso Romero volverse,
 y en este tiempo ha escuchado
 en el cabo de la calle
 herraduras de caballo;
 dijo la muger: ya viene,
 velo allí, si ha de matarlo.
 Se puso en planta al instante,
 y lió la capa al brazo,
 diciendo: traidor aleve,
 ¿cómo vilmente has quitado
 la vida al mejor amigo,
 y un hombre de tanto garvo?
 Dijo Francisco: y á tí.
 Y Romero ha replicado:
 sea la tuya ó la mia,
 ponte bien, que te disparo.
 Tiró del gato Romero,
 habiendo bien apuntado;
 y por el medio del pecho
 le dió tan fuerte balazo
 que del estribo quedó
 Francisco Estévan colgado.
 Asegundole con otro,
 para mas asegurarlo,
 y cuando lo vido muerto,
 el trabuco le ha quitado,
 diciendo: ahí te queda el mio,
 con este tuyo me pago;
 si hay quien tome la demanda,
 que salga que yo le aguardo.
 Pero un Religioso y otros
 le llevaron de él tirando,
 de Guzman hácia la casa,

por ver si pueden quitarlo:
 mas sucedió que en la calle
 le envistió con sobresalto
 el padre del ya difunto,
 y de suerte lo ha agarrado,
 que fue preciso apelar
 á su rejon con cuidado.
 Y viendo que le iba á dar,
 y que quiere acogotarlo,
 dícele: á un viejo y caído
 no dan los hombres de garvo:
 dijo: por viejo te dejo;
 y se refugió al sagrado.
 Vamos ahora á Francisco,
 que en el suelo revolcado
 está el asombro de Europa,
 el que fue del mundo espanto,
 que todo el que á hierro mata,
 en el hierro hallará el pago.
 Por ser muchos sus insultos
 la justicia echó de él mano
 para ejemplo de los niños,
 y escarmiento á desalmados;
 y con grillos y cadenas
 en la cárcel lo afrentaron,
 adonde todos lo vieron;
 y los términos pasando,
 lo ahorcaron de la reja
 de la cárcel, y temblaron
 los corazones mas fuertes
 al mirar tan duro caso,
 contemplando allí cadáver
 al que habia sido pasmo
 y susto de los valientes,
 teniendo el mundo asombrado.
 Escarmienten los que viven
 sin freno, que el fin llegado,
 el buen vivir tendrá cielo,
 y al infierno irán los malos.

E I N.

VALENCIA.

*Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, núm. 18, donde
 se hallarán otros diferentes.*